

MATTEO RICCI Y LA MISIÓN JESUITA LA MISIÓN DE VAGLIANO

La labor misionera era el centro del programa de los jesuitas. Mientras Loyola estaba ocupado con la organización de la nueva sociedad, Francisco Javier, otro noble vasco entre los miembros fundadores, ya se dirigía a India. Pero, al llegar ahí en 1542, a Javier le molestó el dominio de los colonos portugueses sobre Goa, y el cristianismo superficial de los conversos, que sabían más bien poco de la fe cristiana. Además, estaba consternado con la ignorancia absoluta del asentamiento colonial en cuanto a las lenguas de los nativos, y con la imprecisión de los traductores, que, al no saber nada sobre el cristianismo, no podían ser de fiar para que transmitieran mensajes religiosos. A partir de esta experiencia, llegó a creer firmemente que la competencia lingüística suponía un requisito para la labor misionera y que la evangelización debía llevarse a cabo según un plan que considerara los valores culturales de aquellos a los que se convirtiera.

Javier se trasladó a Japón, donde alabó a los japoneses de ser "el mejor pueblo que se ha descubierto hasta el momento", y después intentó entrar en China. Estaba convencido de que la conversión de China se haría de manera más fácil porque era gobernada por un solo soberano, y de que el gran prestigio del País del Centro haría de su conversión un requisito necesario para la conversión de todo el Oriente. Pero Javier murió de fiebre en 1552 en la pequeña isla Shangchuan del mar de la China Meridional, mientras esperaba el permiso para entrar en China. Tres años después de la muerte de Francisco Javier a las puertas de China, otro jesuita, Méndez Núñez, llegó a Macao desde Goa y permaneció ahí durante unos meses. La carta que envió a sus hermanos jesuitas presenta a China como un país muy rico y bien organizado que nunca se convertiría a menos que lo hicieran los mandarines. También destacó el hecho de que la mayor dificultad para predicar el cristianismo entre los chinos consiste en su falta de nociones religiosas básicas, ya que no saben nada del Dios Creador o de la inmortalidad del alma.

Otro elemento que destaca en el relato de Núñez es su descripción clara del comercio entre Macao y Japón, y la creciente importancia de los jesuitas en el mismo. Los intercambios entre Japón y Macao han sido intensos desde los primeros días. Como ya hemos visto, China necesitaba plata para hacerse cargo de los

cambios introducidos en su sistema monetario, mientras que la división feudal de Japón multiplicó el número de los clientes que deseaban conseguir artículos chinos de lujo. Pero, a mediados del siglo XVI, los contactos directos entre China y Japón se habían cortado de ambos lados y todo el comercio se hacía a través de intermediarios; Macao se convirtió rápidamente en el más activo de ellos. La presencia de los jesuitas en Macao destacó desde el principio.

La impresionante catedral de San Pablo y el colegio San Pablo garantizó su visibilidad en los suburbios de China. Pero, como solía pasar con los jesuitas, necesitaban hacer negocios para mantenerse tanto a sí mismos como a sus imponentes estructuras religiosas y educativas; así que, se convirtieron en el pilar del comercio entre Macao y Nagasaki. La mayoría de las veces, uno de cada 3 procuradores que supervisaba el comercio era jesuita. La implicación de los jesuitas en Japón se vio reforzada en mayor medida en 1578 con la llegada del recién nombrado Visitador de las Indias Orientales, Alessandro Valignano, un italiano de ascendencia aristocrática y con un talento excepcional para los asuntos políticos y organizativos. Se le había otorgado una serie muy amplia de poderes para supervisar y gobernar un territorio enorme que se extendía desde el cabo de Buena Esperanza hasta Japón. Valignano propuso inmediatamente un programa de adaptación cultural que seguía las líneas principales propuestas por Javier, es decir, la competencia lingüística y la adaptación a los valores culturales de los que se convirtieran.

Una vez en Japón, Valignano estaba encantado de encontrarse con que algunos de los daimios de la isla sureña de Kyūshū, que estaban estrechamente relacionados con el comercio portugués, ya se habían convertido, lo que, a su vez, había llevado a la conversión de todos aquellos que se encontraban bajo su poder. Valignano decidió utilizar este logro para una operación de propaganda sin precedentes. En 1582, zarpó hacia la Roma papal con una embajada formada por 4 jóvenes nobles de Japón para llamar la atención del público al éxito de la misión jesuita en el Extremo Oriente. Los japoneses fueron recibidos en el nivel más alto de la Europa católica, por el papa y Felipe II de España, pero se les mantuvo celosamente alejados de la Europa Protestante, ya que no se podría manchar la imagen de una autoridad papal absoluta.

Durante más de medio siglo, los jesuitas serán capaces de disimular la separación religiosa que había dividido a Europa. Valignano, que había permanecido en Goa, regresó con los 4 japoneses en 1588 sólo para encontrarse con que, mientras tanto, Hideyoshi había unificado Japón y miraba con gran recelo la concentración de

cristianos y portugueses en algunos de los puertos principales del sur de Japón. En 1597, el sueño japonés tocó su fin con la crucifixión de 26 cristianos en Nagasaki.